

Fombres

Si quisiera privacidad viviría en una caja de Faraday, con libros de anticuario, pintados en papel, sin ventanas. Y ni aun así tendría la certeza de estar a salvo. La vida real puede ser una pesadilla, pero es el único sitio donde puedes encontrar un juego de inmersión decente. Recuerdo que mi viejo me dijo una vez: "todo comenzó cuando nadie quería ir a una despedida de soltero, no sabías quien podía sacar una cámara de fotos y arruinarte la vida en un mal momento". Eran los tiempos de las Redes Sociales. Ahora sabemos que todas esas aplicaciones "gratuitas" estuvieron desde el principio financiadas con dinero de los Estados, bajo la bandera del patriotismo y la seguridad. Ni siquiera hizo falta que fuera obligatorio. Cuando se ofreció la id digital asociada a Facebook todo el mundo se dio prisa en ser el primero en conseguir una identidad digital. Así podrías tener una (falsa) sensación de seguridad, proteger tus compras, dar tu ubicación a las autoridades en caso de secuestro o robo, acceder a tus grabaciones en los millones de cámaras que seguían tu rastro. Luego llegaron los dispositivos corporales, cámaras en la ropa, implantes óseos, gafas de grabación continua. Era innecesario, pero el Estado siempre quería más, ya leían nuestros correos, seguían nuestras aplicaciones, los vídeos que veíamos, los pagos que hacíamos. Todo. El día que se celebró "la sociedad cero crimen" fue un día de luto. La gente festejó que se hubieran eliminado los hurtos menores y que se atajaran los episodios de violencia. Si los sensores de los asistentes captaban en la casa una conversación a gritos se comenzaban a movilizar los drones de intervención rápida y a los agentes de zona, si los sensores biométricos notaban agitación cardiaca, o niveles de stress saltaban las alarmas de la casa y el agresor sabía que llevaban tiempo grabándole y que le darían casa. Luego los algoritmos hacían estimaciones de crimen, por lo que el seguimiento de ciertas personas con antecedentes de violencia, o delitos penales estaban continuamente marcados y seguidos por software de comportamiento.

Literalmente no podían ni fumarse un porro, ni conducir a más velocidad de la permitida, porque eran interceptados. Estos sujetos, conscientes del control opresivo al que eran sometidos terminaban suicidándose, arrestados de por vida o intentando un crimen rápido, que era sofocado en cuanto los sensores y cámaras lo veían agitarse. Pocas veces lo lograban. El último paso fue aplicar esa vigilancia extrema a todos los ciudadanos, aplicándonos la etiqueta de potenciales delincuentes. Sobre todo si eras hombre, ya que estadísticamente somos más violentos, y propensos a los crímenes. Así que cuando viajabas en transporte público tenías que montarte en el vagón de los hombres. Si eras transexual daba igual, porque en ese caso no se aplicaban las leyes de igualdad de género. Los hombres llevábamos visores de campo reducido, un equivalente a las orejeras de los caballos, para no lanzar miradas machistas a las mujeres. No podíamos usar las escaleras mecánicas si había una mujer delante, para no mirarles el culo, así que o bien pasábamos delante o subíamos las escaleras normales. No podíamos hablar con una mujer en la calle a no ser que fuera familiar de primer grado o esposa. Y si una mujer pensaba que estaba siendo violentada lanzaba la señal de alarma y ese hombre era marcado, reducido y juzgado rápidamente. Bastaba el testimonio de la agredida. Esta sociedad con los sexos separados nos hizo parecernos a las Repúblicas Islámicas, que separaban a hombres y mujeres. Incluso las discotecas y bares tenían zonas separadas. No obstante, el puritanismo sólo se aplicaba a los hombres. El recato en la vestimenta no se aplicaba a ellas, ya que enseñar su cuerpo era una expresión de libertad. Y ten cuidado de mirar un escote, en la línea 9 vi a una mujer gritando que un "cerdo" le estaba mirando el escote. Luego se supo que el tipo tenía extravismo, así que podría haber estado mirando a cualquier lado. Fue condenado a un juicio de exposición (es decir, un juicio popular de vergüenza pública, donde se le insultaba), un curso de re orientación y 100 horas de trabajos comunitarios. Seguramente hubiera perdido su empleo. La tasa de suicidios en los casos de condenados era del 87%.

Y en toda esta situación estaba yo. Un escuálido estudiante de 50 kilos, con problemas de visión, y técnico de vigilancia ciudadana. Revisaba los controles de seguridad que las IA hacían en mi ciudad y lanzaba rutinas de vigilancia preventiva a personas que podrían cometer un delito. Lo normal es que aunque no lo cometieran, al sospecharse de ellas, terminábamos cazándolas por cualquier cosa, desde infracciones de tráfico, a comentarios desafortunados. Todo lo veíamos, todo lo oíamos, e incluso gracias a los sensores podíamos intuir lo que pensaban.

Debido a mi aspecto poco intimidatorio no era considerado una amenaza. Mis análisis hormonales eran más bajos que la media, lo cual era muy bien visto. Además, por conveniencia me había convertido al Islam, como muchos hombres, así que vestía turbante y chilaba, y con gusto iba en los vagones de hombres. Las mujeres al ver un atuendo religioso me dejaban en paz, solíamos decir que las feministas y los musulmanes eran los mejores aliados. Nos evitábamos y podíamos vivir tranquilos. Eso sí, años de educación ultra feminista me hacían vivir en un mundo sin mujeres, a las chicas se les educaba en los peligros de la masculinidad, así que ellas abrazaban el lesbianismo, como nosotros abrazábamos el Islam. Yo llevaba diez años sin hablar con ninguna mujer. Y aunque lo deseaba, vivía más tranquilo que mis amigos homosexuales, que seguían siendo vistos con recelo.

¿Cómo era la vida antes?, no lo sé. ¿Era mejor?. No creo. Aunque ahora todo está lleno de ideología machista preventiva, sólo tienes que seguir las reglas para que te dejen en paz. Para todo lo demás existen androides de silicona tremendamente complacientes con los que aliviar periódicamente la carga sexual, son baratos y libres de infecciones venéreas. La sunna no consideraba haram ese tipo de contacto, así que todos contentos.

Pero no todo era paz en el maravilloso mundo de la segregación sexual. Aunque los hombres, por las leyes de prevención terminaban amoldándose, siguiendo los programas de formación y hormonándose los que no pasaban los test de control, fueron el colectivo de hembras transexuales las que nos estaban dando problemas a los servicios de seguridad.

El colectivo: "Fombres por la masculinidad" estaba formado por mujeres transexuales que reivindicaban el papel de los Hombres en la sociedad. Al principio la sociedad los toleraba, ya que eran esencialmente mujeres operadas y hormonadas. Pero el colectivo de Fombres pasó a la acción reventando actos oficiales y deportivos en los que mostraban sus genitales implantados a las cámaras. En nuestra sociedad puritana la exposición de genitales masculinos en público era considerado un delito de agresión sexual. Así que eso era lo que hacían, si la alcaldesa inauguraba un hospital aparecían dos Nombres con pancartas mostrando sus anormales penes injertados para escándalo de las mujeres. Tras lo cual se sucedían declaraciones condenatorias, diputados guardando silencio, y desagravios en los centros de trabajo, donde obligaban a los hombres a firmar declaraciones y someterse a sesiones de condena, estas consisten en que un grupo de mujeres rodea a un sujeto masculino y le lanzan acusaciones e insultos. El objetivo es quebrarlo emocionalmente, y que pida perdón a las mujeres, sólo así podría aliviar el sufrimiento del colectivo femenino, ya que cuando se agredía a una mujer, por ley, todas las mujeres eran atacadas. Los musulmanes solíamos librarnos de esos actos, así como transexuales. Pero no era raro conocer a algún hombre que había sido humillado en esos actos de desagravio.

Segregación

Trabajo en un departamento de seguridad nacional que depende del Ministerio del Interior. Nuestro perfil es de programadores especializados en librerías de IA, redes, y psicoperfiles. Somos 74 personas, sólo hay 4 mujeres. Al principio querían un número mayoritario, pero estos estudios no son del agrado de mis compañeras. Ojo, creo que cada uno destaca en áreas diferentes, y aunque sé que esto suena como un comentario sexista, no lo es. Yo me alegro, porque no podría trabajar con compañeras con miedo a una denuncia de acoso laboral. En mi equipo somos cuatro, si hubiera una chica estaríamos tan cohibidos que no interactuaríamos con ellas. Es lo que han coseguido estas leyes que protegen a las víctimas y desprotegen a inocentes. No será el primer caso de denuncia falsa de una mujer que quiere quitarse a un rival laboral incómodo, sabiendo que está amparada por las leyes. Pero como todo, cuando ha habido equipos mixtos los jefes han visto que no son nada operativos, así que optan por la segregación sexual.

Mis compañeros son: Abu Ahmed, un musulmán converso, como yo, Randy Tyler, un tipo pelirojo y muy masculino (pobrecillo, con ese perfil se lo comen vivo), Stephan, un ambisexual, nacido hombre, pero fluctúa entre ambos géneros. El único que es honesto es Randy, los demás hemos encontrado la forma de protegernos. En mi caso creo que ni siquiera sería necesario haberme hecho musulmán, soy un enclenque poco varonil. Tenía un amigo en la Universidad, Ramón Chávez, un venezolano seductor, el tipo era como yo, delgado, pequeño. Se hacía pasar por transexual e iba a los bares de lesbianas. Con una peluca y bien maquillado tenía su encanto, y el tipo no dejaba de acostarse con chicas preciosas. En esta sociedad es la mejor manera de tener vida sexual sin que te acusen de violación.

Mi jefa era Doris Brozky, una lesbiana que doblaba mi peso. Una mujer de ascendencia polaca, fornida y fisico culturista. Disfrutaba enormemente intimidándonos a todos, especialmente a mí, algo que disfrutaba. A menudo gritaba desde el pasillo mi nombre.

-¡Randy!, ¿qué clase de mierda has hecho con los seguimientos del mes pasado?, ¿es que la testosterona no te deja pensar?, hasta un mono escuálido podría haber hecho mejor trabajo.

Estas y otras lindezas eran las que me esperaban cada día en mi trabajo.

Nuestro trabajo era anticiparnos a los criminales. Y es un trabajo realmente difícil. Debido a la economía digital, a la legalización de las drogas y de la prostitución de menores desde los catoce años, buena parte de lo que era crimen ahora paga impuestos. Así que nuestros delitos comunes eran asuntos de violencia. El problema con la violencia es que los ataques son espontáneos, no premeditados, así que siempre

seguíamos pistas en base a personas con ciertos rasgos. Por ejemplo, un contable de 56 años, soltero, deprimido, irritable, sabíamos la medicación que tomaba, lo oíamos lloriquear por la noche, y a veces musitaba insultos a su jefa. No sólo hay cámaras por todos lados, los asistentes de voz tienen delicados micrófonos que lo captan todo. Con él no nos equivocamos, un día se fue directo al despacho de su jefa con una grapadora enorme en la mano, la oficina estaba equipada con cámaras con cañones de agujas. Estas disparan unos dardos como alfileres con una toxina nerviosa que paraliza al sujeto, y así da tiempo a que llegue la seguridad del edificio. Evitamos un ataque que seguramente se produciría con una probabilidad de un 83%. Así que fuimos felicitados, y a otra cosa. Cada equipo podíamos seguir unos trescientos sujetos. Había más unidades, agentes cebo, todos vigilando el comportamiento.

Con tal nivel de seguimiento la Realidad Virtual y las meretrices de silicona robóticas eran la única fuente de escape. Algunos garitos permitían simulaciones violentísimas, siempre que pudieras pagarlas, claro.

Cuando terminaba mi trabajo buscaba los ascensores de hombres, si por casualidad una chica quería bajar le cedíamos el sitio, aunque bajara ella sola. Aquel día bajaba solo y en la planta 19 se montó una agradable chica rubia.

-Perdona, ¿bajas?.

No supe qué responder. Hice el ademán de salir, pero me cortó con la mano.

-No, no te vayas.

Sólo el gesto de levantarme la mano hizo que casi me desmayara, ¿y si alegaba que se estaba defendiendo?, comencé a transpirar profusamente.

-Tranquilo, no hay peligro. En mi sección no hay hombres, y yo....

Vomité por todo el suelo. Escuché a la chica decir claramente: "qué asco". Paró en el siguiente piso y me llevaron a la enfermería donde me atendió un enfermero hombre. Me miró comprensivamente.

-Ya van cuatro esta semana. Cuando nos sentimos acorralados los niveles de stress se disparan. Todos tenemos miedo a tener un juicio de desagravio.

-Deberíamos trabajar en edificios separados. No es justo.

-Quizás algún día la situación de la vuelta y se promulguen leyes para protegernos a nosotros de la violencia. Quizás. Algún día.

Me dieron tranquilizantes y un día de baja que pasé entero en una simulación relajante, música y espacios abiertos, sin nadie. Ok, puede que tuviera también alguna simulación más fuerte, algo de disparos y violencia para soltar algo de adrenalina acumulada. Me sentó muy bien, pero también me prometí a mí mismo no volver a cruzarme con ninguna hembra. En algún punto pensé en descargar alguna simulación pornográfica, pero la idea de ver chicas, desnudas o vestidas, me seguía dando terror.

Manifiesto

"Nosotros, los despreciados, los vilipendiados, los odiados, los oprimidos, los cazados, los desterrados, los fombres, nacidos mujeres pero identificados como hombres, fombres libres, reivindicamos nuestro derecho a no ser despreciados por el hecho de sentirnos hombres, no somos culpables ni llevamos la semilla de femicidio dentro, no somos presuntos delincuentes, potenciales criminales, por el hecho de ser fombres. Nuestras peticiones no han sido oídas, y la violencia contra nosotros continua, el matriarcado opresor, represor, tiránico sigue ocupando el poder y aplastando todo lo que se llama libertad o es masculino, por eso desde el día de hoy declaramos al matriarcado nuestro enemigo y declaramos la guerra contra las figuras de autoridad femenina. Si odiáis nuestros genitales, eso es lo que veréis, por todos lados, ha llegado el momento del escroto como símbolo de igualdad, del pene, como columna de nuestra sociedad".

Ese era el manifiesto que se había publicado en todas las redes, cuentas de usuario, canales de vídeo, programas de FacebookTV. La réplica de la presidenta y su gabinete de primeras damas no se hizo esperar y comenzaron las detenciones y los controles. Se nos aconsejó que lleváramos siempre nuestra documentación a la vista, que nuestros hogares podían ser registrados, y nuestras consolas portátiles también. Por supuesto, como empleados del Gobierno siempre éramos controlados, lo que no sabía es que alguien tan cercano a mí iba a caer.

Al tercer día tras el manifiesto sonaron las alarmas y nos dieron la orden de dejar automáticamente nuestros teclados y guantes de datos. Me quité el visor y me puse de pie, como un corderito. Los agentes de seguridad hembrista entraron en tropel, dando gritos. Vi a Randy sudar profusamente, mirando a un lado y otro, nervioso. Finalmente gritó y echó a correr sin parar.

-¡Es él!, ¡cogedlo!.

Los agentes corrieron táser en mano, Randy tomó una silla y la estrelló contra uno de los paneles de cristal, con la idea de saltar al vacío desde nuestro piso 19. Pero el panel era muy resistente, la silla rebotó y le dio. Con asombrosa agilidad se puso de pie y corrió al pasillo central, para terminar arrojándose por el hueco de la escalinata circular. Mis compañeros Abu Ahmed y Stephan estaban tan pálidos como yo. Los agentes nos separaron y se dispusieron a interrogarnos.

Al parecer Randy había usado sus privilegios de seguridad para poner el manifiesto en los canales oficiales de presidencia, el ministerio de desigualdad femenina y el ministerio de ginecultura. Luego supe que había hecho más cosas. Todas las pruebas apuntaban a que Randy había actuado en solitario, todo un detalle por su parte. Me interrogaron cuatro horas, pero poco podían hacer, ¿interrogatorios hoy en día?, ¿qué sentido tienen? me monitorean las 24 horas, saben hasta lo que hablo en sueños, lo que como, cuantos litros orino, y mis lecturas térmicas y cardiacas. Estaban desesperados, demasiados años de sumisión masculina hacía que se sorprendieran de ver a un hombre (y nada menos que a un hombre) actuar con tanta violencia. Se nos dejó libres bajo amenaza, y nos castigaron con 50 horas de acondicionamiento moral, es decir, ver vídeos y tener que escribir largas acusaciones, pidiendo perdón por todos los males que los hombres habíamos hecho.

Y justo cuando pensaba que nada podía empeorar lo que tuvo que pasar, pasó.

Por aquel entonces me había aficionado bastante a una droga llamada Perky Pat. Era un potente neurotrópico que venía con caros accesorios, junto con la droga podías comprar los muñecos de Perky Pat y su mundo ideal de coches de lujo, amplias viviendas y playas. Una vez que te comías la pastilla jugar con los muñecos de Perky Pat y sus amigos hacía que el juego se transformara en una experiencia muy real. Cada pastilla tenía Terabytes de ensoñaciones con historias y entornos hiper reales. La verdad, era un verdadero alivio y muchos estábamos muy enganchados a este consorcio formado por una fábrica de juguetes y una compañía neuro farmaceútica.

Me había pasado cuatro horas de tiempo objetivo jugando, cuando los efectos del alucinógeno se me pasaron estaba deshidratado y con naúseas. Algo normal. Bebía entre arcadas, intentando retener el agua. La compañía te vendía tarros de gelatina de sabores, que es más difícil de vomitar y que produce menos arcadas, pero sinceramente, pasaba de comprarles más cosas a esos bastardos. Activé la pantalla mural del salón, y toda una pared, diáfana, sin cuadros ni nada se iluminó. Entonces vi a tres fombres, con sus pelos cortos, sus rostros levemente femeninos, y desnudos de cintura para abajo, con aquellos descomunales penes implantados gritando cosas. Me puse enfermo de verlos.

-¡No os vais a librar de nosotros zorras!, ¡somos los que servimos vuestras mesas, reparamos vuestros autos y limpiamos las calles!, Randy Tyler era un héroe, necesitamos más como él, ¡esto es una revolución!...

Me extrañaba que no hubieran cortado antes el vídeo. Me parecía violento y desagradable.

-Y ahora os damos unas elegantes imágenes de la recepción de nuestra presidenta a la liga de naciones hembras.

En las imágenes aparecía la presidente Brenda Mao bebiendo champán con las dignatarias de otros países. Las copas de champán iban y venían. Cuando de pronto una imagen superpuesta, varios fombres orinaban generosos chorros de orina en botellas de champán.

-Así es zorras, ¡nos meamos en vuestro champán!.

Fue entonces cuando me dieron ganas de emigrar a Corea del Norte, el único país dominado por un tirano masculino, que oprimía por igual a hombres y mujeres, iguales en su derecho a pasar hambre y callar sus ideas.

Represalias

En el trabajo apenas hablaba con mis compañeros más de lo necesario. Nos habían reunido varias veces, para amenazarnos, diciendo que nos vigilaban, que sabían que uno de nosotros era un terrorista. Apenas nos mirábamos a los ojos. En lugar de eso nos mandábamos audio correos, para que todo quedara registrado. El colectivo de fombres se había excedido. Por supuesto yo ni entraba en foros, ni miraba vídeos de Youtube, tenía terror de ver por accidente un vídeo defendiendo al movimiento de fombres y que los servicios de Inteligencia me cayeran a golpes.

Aquella tarde había pedido cita con los servicios médicos de la empresa. Iba a dejar atrás el miedo. Terminó mi trabajo y encontré a la chica rubia en el ascensor.

-Venga, ¡hay sitio!.

Ni la miré, giré mi espalda para no verla. Las cámaras verían que me negaba a hacer ningún contacto. La chica se encogió de hombros y se metió en el ascensor. Bien podía ser una trampa, en estos tiempos las chicas crecían leyendo novelas de mártires femeninas que eran acosadas por hombres violentos, soñaban con sus cinco minutos de gloria, llorando en algún canal de Youtube, contando lo mal que se habían sentido. Ni hablar.

Los servicios médicos estatales me recibieron en una consulta. Me atendió una doctora tras un cristal de seguridad translúcido. Como si mis cincuenta kilos fueran una amenaza grave.

-Buenos días, acerque su consola al lector.

Acerqué mi consola Kyun al dispositivo de lectura, todos mis datos personales saldrían en el visor de la doctora.

-¿En qué le puedo ayudar?.

-Solicito una operación de inversión sexual, completa, genitales, tratamiento hormonal y genético.

Escuché un carraspeó.

-Estoy en mi derecho, ¿verdad?. He visto el vídeo informativo, la reversión es legal, gratuita y deseable.

-Así es. Pero hay un cupo, y unos requisitos que....

-Un momento, he visto el vídeo, es un derecho y no se me puede negar, podría pedir amparo a una comisión de protección transgénero...

-Ok, cálmese, nadie le está negando su derecho. La cuestión es que.... cómo decirlo, existe un problema grave de natalidad, llevamos dos décadas con crecimiento negativo superior a dos puntos. Existe la posibilidad de hacer un cambio de sexo no genital que le daría beneficios civiles y derecho al voto.

-No. Creo que he sido claro, quiero la inversión sexual completa.

-Espere un momento.

Me hicieron esperar con música y anuncios estatales.

-Buenas noches, soy Leela Sherman, de la comisión legal de admisiones. Hemos monitorizado la conversación. ¿En algún momento ha sentido que se le discriminara en alguna manera?.

-¡Desde el primer momento!, sólo me han puesto excusas, no han tenido en cuenta mis emociones y....

-Le entiendo perfectamente, ¿cómo quiere que me dirija a usted?.

-Mi nombre es Randall Amato, pero quiero que se refieran a mi como señorita Chester Amato.

-De acuerdo, señorita Chester. Tiene usted derecho a asistencia legal por discriminación, tomaremos medidas contra la doctora que abusó de usted, pero podremos preparar una mejor acusación si recuerda más abusos.

-Por supuesto.

-He transferido mi número a su consola, haga una relación de los ataques que ha recibido y tomaremos medidas. Estamos hablando de sanciones graves. Le llamaré mañana a esta hora, ¿le parece bien?.

-Claro que sí.

-He pasado un informe a nuestro servicio psicológico que le ayudará. Estoy a su disposición.

Lo bueno de una sociedad de la información como la nuestra es que todo pasa mucho más rápido. Al día siguiente en el trabajo noté que algo ocurría. Todos me miraban de otra manera. Mis compañeros especialmente. Abu Ahmed, con quien más confianza tenía, me susurró.

-Sé lo que estás haciendo. Es el único modo de combatirlas. Suerte.

Al poco recibí un mensaje. Era mi jefa, la forzuda Dorys me llamaba a su despacho. Sentí una seguridad en mí mismo que nacía del poder de ser una víctima. Caminé con paso seguro a sus oficinas. Qué curioso, no me recibió a gritos.

-Hola Randy, ¿cómo estás?, oye, creo que eres muy valiente al hacer lo que vas a hacer.

No levanté mi mirada.

-Randy, entiendo que estés molesto conmigo....

-Haz el favor de usar el género adecuado conmigo!, soy una mujer, eso que haces es ofensivo.

Las lágrimas brotaron de forma natural. Usar de manera incorrecta el género es un acto de machismo muy ofensivo. Dorys se acercó a mí, verme llorar hizo que el miedo y la preocupación se dibujaran en su cara. Levantó su mano y le puso en mi hombro. Entonces supe lo que tenía que hacer, salí disparado contra la esquina de su mesita de cristal, la rompí con la cabeza y noté la sangre correr entre mi pelo.

-¡Socorro!, ¡me quiere matar!, ¡ayuda, agresión machista!.

La masculina Dorys, con brazos como un forzudo de circo, siempre al descubierto, se dio cuenta de que su vida iba a cambiar a peor. Su secretaria me vio en un charco de sangre y dio un alarido.

-No, no, no- dijo Dorys- maldito perro, esto no va a quedar así.

A esa altura había tres personas en su despacho, los micrófonos lo habían grabado todo y yo, queridos niños, era una víctima de una lesbiana marimacho, quizás un fombre encubierto, un sucio agresor machista. En el juicio se revisaron todas las pruebas, años de insultos grabados, audio correos despreciándome con insultos sexistas. Y lo mejor de todo, cuando mis acusaciones carecían de pruebas mis lágrimas conmovían a un jurado de mis iguales, mujeres que sabían cómo me sentía. Dorys no fue la única en ser condenada, también la agradable chica del ascensor, y cómo no, la doctora que se negó a mi operación. Ser una víctima es maravilloso, de pronto tu palabra es ley y tienes la comprensión del sistema al completo.

Cobré una pensión por los daños psicológicos, una buena indemnización que hace que mi vida sea bastante más lujosa y cómodo, y como terapia tengo acceso a centros de descanso en zonas costeras y yates. No, no echo de menos mis genitales masculinos. Es más, ya no tengo miedo a las mujeres, y por primera vez en mi vida tengo relaciones sexuales con mujeres, con frecuencia. La nueva Chester Amato es una persona nueva, ya nadie me cuestiona malos motivos por haber nacido hombre. Y cuando me aburro voy en busca de esas lesbianas de aspecto tan masculino, las seduzco, y las exprimo como a limones, siempre hay micro machismos que me afectan dado lo mucho que he sufrido en el pasado. Vivir de un sistema proteccionista al final no es tan malo.

FIN